

EL FINAL DE *EL ASTILLERO*

GUSTAVO SANROMÁN

University of St Andrews

Es sabido que la estructura dominante de *El astillero* representa un movimiento pendular entre ilusión y realidad. El primero de los polos contiene dos elementos, que Larsen persigue simultáneamente: la visión triunfalista de Petrus sobre el destino de la empresa, y el papel de Angélica Inés como futura esposa heredera de la fortuna del padre; el segundo polo representa la imposibilidad, en el mundo real, de ambas aspiraciones. Esta oscilación continúa, sin resolverse, hasta la conclusión de la novela, que toma la forma de un famoso final doble o alternativo. En lo que sigue se intenta demostrar que el final implica, y proyecta hacia el futuro, la continuidad de la ilusión.

El último capítulo de la novela comienza con la impresión de que Larsen ha decidido claudicar su búsqueda ilusoria, lo que marca un movimiento hacia el polo de la realidad. De ahí su aceptación de “estar muerto” (206)¹ y el que le aconseje al mucamo del Belgrano, “como un padre”, que se vaya de ese “sucio rincón del mundo” (208, 207). Pero a este gesto consciente de las verdaderas circunstancias que lo rodean se le opone otro hacia el polo opuesto cuando Larsen se entera de la invitación a cenar en la casa de Petrus. Durante su trayecto hacia la mansión sobre pilares hay un claro contraste entre el frío que siente Larsen y que lo ha venido afectando desde su reconocimiento de Gálvez en la morgue (Medina le dice: “Mire y hable rápido si no quiere resfriarse” [202]), y el deseado calor que se imagina está esperándolo en la sala de su imaginado suegro (210). En otro movimiento pendular, pronto se encuentra con la realidad de nuevo, gracias a la determinación de Josefina, que lo mantiene en su nivel apropiado, su cuarto

de sirvienta al ras del suelo: “[Angélica Inés] no puede bajar, y usted no puede subir” (212). Ahora Larsen es consciente de que la ilusión se ha terminado y por fin ha retornado al mundo donde pertenece de verdad: “allí estab[a], *otra vez*, la cama de metal”, etc (213, énfasis añadido), luego de “tantos años gastados en el error” (214). Parecería que éste sí fuera el último viaje de Larsen, por fin y definitivamente hacia el polo de lo creíble y comprobable.

Pero no. Hay, todavía, signos de una falta de disposición para aceptar su destino, y de la crónica tendencia de Larsen a la esperanza y la ilusión. Aunque no rechaza a Josefina, tampoco la acepta con entusiasmo, como se nota por varios comentarios (por ejemplo, al partir: “Se despidió de madrugada y silabeó todos los juramentos que le fueron requeridos” [215]). Está también la imposición de silencio a Josefina: “oponía al torrente de mentiras, preguntas y reproches [...] la sonrisa altiva”; “Después dijo: ‘Vos te callás’. [...] y continuó exigiendo el silencio durante toda la noche” (214). Esta actitud evoca la anterior de la misma Josefina, quien había estado “callada [...] no contestó su saludo” (210-11) cuando todavía no había alcanzado el contacto que deseaba, y sólo después se tornó habladora. Larsen también se calla cuando se encuentra con una situación no deseada.

La oscilación que ilustra el contacto de Larsen con Josefina continúa hasta el final, e impregna minuciosamente los dos párrafos que concluyen la novela. Luego de un penúltimo párrafo en que Larsen se va en una lancha hacia el norte, aparece otro, entre paréntesis, que comienza “O mejor”, en el que se afirma que Larsen muere de pulmonía en el hospital de El Rosario. La función de este segundo final como mecanismo de ambigüedad queda reforzada por su simultánea inclusión de elementos positivos y negativos. Entre los primeros resaltan la declaración que la abre (“O mejor”) y su mayor longitud frente al párrafo anterior (245 frente a 171 palabras respectivamente); entre los segundos el más obvio es la disminución pragmática que surge del hecho de que todo el párrafo se encuentre entre paréntesis.

Pero esta ambigüedad tiene también correspondencias temáticas o simbólicas, como se ve en el uso de algunos elementos que entran en este doble final y que remiten a la trama anterior. Comparemos entonces los dos finales. En ambos casos hay dos etapas: contacto de Larsen con los lancheros, y lo que pasa por la mente de Larsen durante el viaje.

Contacto de Larsen con los lancheros

En ambos finales, los lancheros descubren a Larsen, que se ha quedado dormido en el muelle de tablas. En el primer final, los lancheros lo despiertan y aceptan el reloj en pago del pasaje. La relación entre Larsen y los hombres es amable y hay poco contacto. Aunque en cierto momento se lo describe como “ansioso”, Larsen parece estar bastante calmo y resignado. No hay mención del revólver. En general, en esta primera parte del primer final parece predominar la realidad y la normalidad, o sea el primero de los polos

del movimiento pendular de la novela. Como prueba de esta evaluación, podemos considerar el papel del reloj.

La oferta del reloj como pago del viaje en lancha recuerda la venta del broche de Larsen en Mercedes. Este episodio ocurre luego de la primera crisis en la ilusión del astillero. Larsen ha visitado la casilla por primera vez para matar el hambre y ser aceptado por Kunz, Gálvez y su mujer, experiencia que lo hace reconocer la imposibilidad de sus aspiraciones. “Entonces [...] Larsen comenzó a aceptar que era posible compartir la ilusoria gerencia de Petrus, Sociedad Anónima, con otras ilusiones, con otras formas de la mentira que se había propuesto no volver a frecuentar” (54). Acepta también la realidad de su situación económica: “supo en su corazón que no cobraría los cinco o seis mil pesos al final de este mes ni de ninguno de los que le quedaban por vivir” (54-55). El próximo capítulo (“La glorieta III / La casilla II”) se abre con la venta del broche, que es “lo único que le quedaba”. Con lo que le pagan, Larsen salda su deuda y adelanta dos meses de alquiler en el Belgrano, paga una fiesta en la casilla, y compra dos polveras, una para Angélica Inés y otra para la mujer de Gálvez. Compra las polveras “por superstición” (57), como un intento de postergar o evitar su fin. Pero cuando se acuesta a dormir esa noche en el Belgrano, acepta que no tiene salvación, “que había llegado al final, que dentro de un par de meses no tendría ni cama ni comida [...] que le traería mala suerte la venta del broche” (58). Esta posición realista-fatalista queda confirmada cuando le dice a cada mujer que la polvera es para que no se olvide de él: “Para que me recuerde” (63, dos veces; 65). Como para confirmar el presentimiento de Larsen, este capítulo se cierra con la insinuación de Gálvez sobre el título falso: “al viejo Petrus yo puedo mandarlo a la cárcel cuando quiera” (66). Aunque el resultado de esta amenaza es un nuevo movimiento pendular hacia la esperanza (en que Larsen decide visitar a Díaz Grey y a Petrus), nos quedamos con la impresión de que las polveras eran una especie de testamento o seguro de vida frente a los peligros de la realidad. Estarían asociadas, por lo tanto, con una percepción sensata de las circunstancias que lo rodean a Larsen, como lo estaba la venta del broche, con cuyo fruto pudo pagar deudas y comprar comida. Trasladadas estas connotaciones al reloj, también nos encontraríamos con un Larsen realista, que sabe que tiene que negociar con los modos dominantes de la realidad (que exigen un pago para viajar en lancha, como lo exigen para vivir en un hotel).

En el segundo final, el contacto con los lancheros es bastante distinto. No sólo le rechazan el reloj en pago del pasaje, sino que la relación entre Larsen y los hombres es agresiva: él los amenaza y ellos lo golpean, rompiéndole el labio. El Larsen que surge aquí es más consistente con el personaje que ha estado peleando por la ilusión del astillero, como demuestra la presencia del revólver (ausente en el primer final). Como ha notado Millington,² el revólver aparece en la novela cuando la ilusión del astillero corre peligro porque Gálvez amenaza con entregar el título falso a la policía. En el último capítulo, a poco de llegar a su cuarto en el Belgrano y habiendo

aceptado “sin reparos la convicción de estar muerto”, desmantela el revólver: “estaba harto de examinar el revólver, de quebrarle el lomo, de hacer rodar frente a un ojo el tambor vacío, de pasar revista a las balas sobre la mesa como a una patrulla” (206). No se vuelve a mencionar el arma hasta este segundo final, en que Larsen parece usarlo de forma agresiva nuevamente, lo que indica que su actitud ha vuelto a oscilar hacia el polo de la ilusión: “Explicó con grosería que necesitaba escapar, manoteó aterrizado el revólver y le rompieron la boca” (216).

Lo que pasa por la mente de Larsen

En el primer final, Larsen imagina a Josefina jugando con el perro, con Angélica Inés en el fondo. Esta visión es coherente con su última experiencia de aceptación de la realidad y rechazo de la ilusión de casarse con la hija de Petrus, pues mientras que Josefina está en primer plano, Angélica Inés resulta tan inaccesible como lo habían sido ella y la casa de Petrus en la realidad (“un saludo lánguido y altísimo de la hija de Petrus [216]”). Por otro lado, Larsen percibe el desmoronamiento del astillero: “estuvo mirando [...] la ruina veloz del astillero, el silencioso derrumbe de las paredes. Sorda al estrépito de la embarcación, su colgante oreja pudo discernir aún el susurro del musgo creciendo en los montones de ladrillos y el del orín devorando el hierro” (216). Si descartamos la irrealidad de que Larsen pueda *ver* y *oír* (y no *imaginar*) la destrucción del astillero, o si entendemos que se trata de lenguaje metafórico, la impresión que surge es de un personaje que ha abandonado el improbable sueño de un futuro respetable y burgués en Santa María.

Por su parte, en el segundo final, que no incluye la visión de las mujeres del astillero, Larsen también concibe el desmoronamiento del astillero, esta vez mediante el verbo apropiado: “pudo imaginar en detalle la destrucción del edificio del astillero, escuchar el siseo de la ruina y del abatimiento” (217). Por otro lado, esta aparente lealtad al mundo de lo real queda algo afectada por el rechazo de Larsen frente a la llegada de la primavera, que le resulta insoportable. Esta pequeña inconsistencia no deja de ser bastante significativa, pues podría confirmar que este Larsen del segundo final, que había blandido el revólver en la primera parte y a quien le habían rechazado el reloj en pago del viaje, queda más bien asociado con la ilusión. El hecho de que muera de pulmonía en la última oración quizás no afecte esta impresión.

Más allá de *El astillero*

Para encontrar evidencia de esta última aseveración debemos por fuerza salir de *El astillero* y buscar pistas en textos posteriores en la cronología de Santa María. Hay por lo menos cuatro dignos de mención. Uno es el último texto de los *Cuentos completos* (1993), inédito hasta ese momento: “La araucaria”. En este breve (y leve) cuento aparece Larsen convertido en cura e interesado en las perversiones sexuales de una pareja

de hermanos. Es difícil ubicar a este texto en la cronología de Santa María, pero es digno de notar que vuelve a aparecer un personaje supuestamente muerto en *El astillero*, o por lo menos un pariente tocayo. Un segundo texto de interés es *Cuando entonces* (1987), donde aparece un gerente de prostíbulo de nombre L. Serna. Este personaje no se parece en su carácter al protagonista de *El astillero* (es mucho menos agradable y querible), pero su nombre y su profesión remiten obviamente a Larsen.

Textos más interesantes para el argumento que se ha seguido aquí son las dos últimas novelas largas de Onetti: *Cuando ya no importe* (1993) y *Dejemos hablar al viento* (1979). La novela de 1979 está dividida en dos partes, que corresponden precisamente a la realidad y la ilusión: en la primera, Medina está exiliado de Santa María y quiere volver pero no puede; en la segunda, compensa esa imposibilidad de ir mediante una existencia *imaginada* en su ciudad natal. El eje y la inspiración de esa segunda parte son responsabilidad de un Larsen “agusanado” y gerente de un prostíbulo. Que se trata del Larsen resucitado de *El astillero* es claro, entre otras cosas, por la descripción de su entrada, “lento y balanceándose, flaco, bajo, confundible y domado en apariencia”³, que es cita casi textual de una frase del segundo párrafo de la novela de 1961 (el “flaco” del muerto resucitado sustituye creíblemente al “gordo” del vivo).

Esta función de embajador de la ilusión tiene otro tipo de confirmación en *Cuando ya no importe*. En esta novela hay una serie de entradas sobre Díaz Grey y sus reminiscencias sanmarianas que conforma una mina de referencias a la obra anterior de Onetti. Hay también varias referencias a Larsen. Dos momentos en particular ilustran la función de la ilusión de manera bastante contundente. La primera es una auguración positiva de Larsen por su viejo amigo el turco Abu: “...aquí [el Berna] solía parar un compinche muy querido y que andaba esquivando la pobreza. Supe o me dijeron que por fin le vino la buena racha. Ojalá” (103). Esto podría indicar un triunfo en alguna empresa posterior al astillero. La segunda referencia es más precisa y la confirma Josefina, quien ahora sabemos es la hija de Eufrosia, la sirvienta de Carr (también nos enteramos de que Elvirita es hija de Angélica Inés). Cuenta Josefina que “después de muchos años de bregar se hizo justicia y allá en la capital le dieron la razón al señor Petrus”.⁴ O sea, que se confirma lo que había dicho el dueño del astillero y tantas veces reiterado su esperanzado Gerente General. La conclusión que surge de estos elementos confirma la impresión de una interminable oscilación entre realidad e ilusión en *El astillero*. También sugiere, quizás, que la visión de Onetti no es tan negativa como parecería a primera vista, pues aunque sus personajes parecen destinados a caer en la desgracia, también exhiben una perenne y esencial tendencia a la esperanza.

NOTAS

- 1 Mis citas remiten a la siguiente edición: Juan Carlos Onetti, *El astillero*, Barcelona: Seix Barral, 1978.
- 2 Mark Millington, *Reading Onetti* (Liverpool: Francis Cairns, 1984), 244-46.
- 3 Juan Carlos Onetti, *Dejemos hablar al viento* (Barcelona: Bruguera, 1985), 139.
- 4 Juan Carlos Onetti, *Cuando ya no importe* (Madrid: Alfaguara, 1993), 193.